



- 5
1. **Elogio de la prensa impresa**
Artículo de opinión
Desarrollo analítico de una idea
Elaboración de mapas mentales
- 10
2. **El elogio del entusiasmo**
Artículo de opinión
Características y estilo del mismo
Análisis crítico
- 15
3. **La tabla del cuatro**
Artículo de opinión
Análisis temático y tono del texto
Estilo, comunicación y recepción
- 20
4. **Especialista en todo**
Ensayo breve
Introducción a la argumentación dialéctica
Objetividad y subjetividad del ensayo
- 25
5. **El muerto inolvidable**
Cuento corto (completo)
Análisis de estilo y clímax
Terminología literaria
- 30
6. **El Sur**
Cuento corto (completo) *
Análisis crítico del cuento: tema y estilo
Recursos literarios
- 35
7. **Las meninas**
Introducción al écfrasis
Representación artística y estilo
Redacción creativa
- 40
8. **Don Quijote de la Mancha ***
Novela (capítulo completo)
Estudio multimedial
Tema-estilo-terminología
- 45
9. **La Lisboa que nunca conocí**
Artículo de opinión
Descripción de sentimientos y lugares
Descripción cinematográfica y topográfica
- 50
10. **Proyección de la película “El abrazo partido”**
Análisis temático
Introducción al análisis cinematográfico
Programación sujeta a cambios
- Ejercicios**
1. Los ejercicios correspondientes a cada tema serán dados en clase, previa discusión y análisis de su contenido. Se recomienda entregar las redacciones **puntualmente todas las semanas**, para bien del que las escribe y del que las corrige.
2. **Los textos marcados con asteriscos (*) deben escribirse dentro del 80% de las redacciones requeridas.**

La copia sin mención de la fuente importará el rechazo del trabajo y la suspensión del curso.



N° 1 Elogio de la prensa impresa

Gustavo Martín Garzo

5 No son buenos tiempos para la prensa impresa. La crisis de la publicidad y el auge de los soportes digitales han restado protagonismo a esos periódicos en papel que solemos leer a la hora del desayuno y cuyas ventas disminuyen cada día.

10 Un diario es antes que nada un espacio moral, un espacio de responsabilidad y compromiso. Luis Mateo Díez escribió un relato sobre uno de sus maestros de infancia. Era un hombre afable y generoso que un día se fue del pueblo sin explicar la razón. Al acudir temprano a la escuela, los niños se encontraron un regalo de despedida. El maestro se había pasado la noche dibujando para ellos, con tizas de colores, el pueblo en que vivían. Y así pudieron ver los campos, las montañas, el río, las casas y la iglesia, es decir, todos los lugares que conocían y amaban, a una luz nueva, la luz que nacía del milagro de la representación.

15 Los buenos periodistas son como ese maestro. Se pasan la noche encerrados en sus redacciones, para que podamos ver al levantarnos la imagen del lugar en que vivimos. Y así nos ayudan a comprenderlo y a tener una mirada atenta y crítica sobre él. Es decir, transforman nuestro mundo en palabras, lo que es lo mismo que decir en una figura de nuestras cavilaciones.

20 Los periódicos no han dejado de empeñarse en esta labor desde su fundación. Así, sobre el mundo real, en el que estamos, han ido levantando ese otro mundo verbal que es el territorio de nuestros pensamientos y de nuestra memoria. Detrás de tal esfuerzo hay incontables noches en vela. Cuesta imaginar cómo sería nuestra vida sin periódicos; cómo habrían sido, por ejemplo, las épocas oscuras de nuestra historia reciente sin su ayuda. Sin la ayuda, sobre todo, de los que supieron mantener su fe en la razón, en la libertad personal y en los valores democráticos. Pues eso deben ser los periódicos: compañeros leales, discretos y sensatos a los que acudir cada mañana no tanto para encontrar justificación a nuestras ideas o alimentar nuestros rencores, sino para relativizar nuestra

25 verdad. Pues un periódico es, por encima de todo, un espacio de racionalidad y entendimiento, un espacio de encuentro con los demás.

30 El pintor belga Van Velde dijo que la misión de la pintura es dar rostro a lo que no lo tiene. Es lo que hacen los niños cuando dibujan. Ponen ojos y boca al sol, a las copas de los árboles y a las casas. Dar rostro a las cosas es sentir que tienen que ver con nosotros. Los buenos periodistas hacen lo mismo. Nos enseñan a mirar el mundo, pero también a sentirnos mirados por él. Nos bastará así, por ejemplo, con leer uno de sus reportajes sobre esos cayucos que surcan el océano, para ver los rostros de los senegaleses que los ocupan. Y ver esos rostros, y sentir sus miradas, es tener que preguntarnos quiénes son, y por qué se ven obligados a emprender unos viajes en los que muchos llegan a morir. Es preguntarnos por ellos, pero también por lo que podemos hacer nosotros para que algo así no siga sucediendo. Pues un periódico es antes que nada un espacio moral, un espacio de responsabilidad y compromiso. Y, para lograrlo, el periodista se sirve del más delicado de los instrumentos, las palabras; que no deja de ser curioso que el que acaba de ver un partido de fútbol necesite, a la mañana siguiente, acudir al periódico para ver lo que se dice de él, como si no hubiera estado allí o como si dudara de lo que ha visto. Una duda muy saludable que le lleva a contrastar su opinión con la de sus vecinos, aceptando que no hay verdad absoluta sino verdades parciales, y que es de ese diálogo entre todas ellas de donde habrá de salir una verdad nueva capaz de acogernos a todos.

45 Y puede que sea esa la más maravillosa función que los buenos periódicos han cumplido hasta hoy, la de ser un lugar de entendimiento y de diálogo. Un lugar donde los ciudadanos iban a encontrarse como en un inmenso café, y en el que podían expresar sus opiniones y escuchar las opiniones ajenas. Un lugar igualitario en el que los poderosos aparecían al lado de los mendigos, los jueces al lado de los ladrones, los niños de los adultos, los empresarios de los obreros, y los banqueros de las gentes del circo, y en el que aprendían que la historia del más humilde de los hombres es la historia de todos. Un lugar en el que el periódico de hoy sucedía al de ayer, y era sustituido enseguida por el de mañana, advirtiéndonos del paso veloz del tiempo y del frágil discurrir de la vida. Pero en el que también los periódicos viejos se resistían a morir y pasaban, una vez leídos, a cumplir con naturalidad funciones más humildes. Y así sus páginas se utilizaban para que manzanas y uvas maduraran, para que los zapatos no perdieran su forma, para encender las calefacciones, limpiar sartenes y cristales,

50 hacer patrones de vestidos y, de forma especial, para ponerlas sobre los suelos recién fregados de cocinas y pasillos.

55 Era un mundo lleno de palabras y letras, lo que no dejaba de ser curioso en un país como el nuestro donde nadie o casi nadie leía. Esas letras estaban sobre los objetos cotidianos como una siembra benigna y su compañía nos hacía más discretos y reflexivos, pues así somos los hombres: no nos



basta con vivir sino que necesitamos hacer de nuestra vida una historia que merezca la pena contar. Y un periódico es el relato polifónico de un pueblo entero, y un pueblo que se atreve a hablar de lo que le pasa está a salvo de la intolerancia y la locura.

5 Miguel Delibes dijo que la misión del escritor era la convocatoria de la palabra, y es eso justamente lo que hacen los periódicos, convocar cada mañana las palabras que necesitamos para seguir adelante. Un cuento judío cuenta la historia de un muchacho que acude al baño con su maestro. Hace tanto frío que del techo penden carámbanos. El maestro se ensimisma en sus oraciones y el muchacho, muerto de frío, le interrumpe para decirle que la lámpara acaba de apagarse. "Tonto", le contesta el anciano, "toma un carámbano del techo y enciéndelo. Aquel que le habló al aceite e hizo brotar la llama le hablará también al carámbano y arderá".

10 Eso nos dicen los periódicos: que debemos hablar a las cosas y las criaturas del mundo. Hablar a las víctimas de los desastres y las injusticias, hablar con los científicos y los mercaderes, con los niños, los ancianos y los artistas. Hablar con las fuentes, los ríos y los animales. Y así hacer brotar esas llamas que nos consuelen de nuestras penalidades, nos acompañen y nos ayuden a vivir.

15 Jorge Luis Borges escribió un poema para agradecer los dones que había recibido en su paso por este mundo. Daba las gracias por el rostro de Elena y la perseverancia de Ulises; por el último día de Sócrates; por aquel sueño del Islam que abarcó mil y una noches; por las rayas del tigre; por el lenguaje, que puede simular la sabiduría; por el amor, que nos deja ver a los otros como los ve la divinidad. Me atrevo a decir que ninguno de nosotros se olvidaría de incluir en esa lista el periódico que sigue llegando puntualmente a sus manos cada mañana.

20

El País, pág. 33, 14-02-2010



Nº 2 El elogio del entusiasmo

Antonio Muñoz Molina

5 **Dicen que los años lo vuelven a uno más desalentado, pero cuanto mayor me hago más partidario soy del entusiasmo, y más admiro a autores como Whitman o Darwin, llenos de curiosidad y apasionados por las cosas.**

10 **Hace ahora veinte años, cuando publiqué por primera vez una novela** y empecé a tener cierto contacto con literatos, periodistas culturales y críticos, me di cuenta no sin cierta sorpresa de que en ese ambiente el entusiasmo estaba mal visto, y que la actitud más adecuada era una cierta desgana, cuando no un despectivo cinismo. Uno tenía que fingir que la literatura, en el fondo, no le importaba mucho, y que la lectura de la mayor parte de los libros escritos por otros le parecía del todo innecesaria. Uno no decía que un libro le hubiera gustado: si acaso, que “le había interesado”. Y desde luego tenía que ser un libro de un autor oscuro o difícil, muy poco conocido en España, de modo que uno pudiera tener la garantía de que su “interés” no quedaba abaratado por una coincidencia con los gustos vulgares del público. Uno tenía que mostrar visiblemente que si le llamaban para una entrevista en la radio o en la televisión ese hecho le provocaba sobre todo una profunda pereza, y que si aceptaba la irritante invitación era por hacerle un favor a sus editores. Recordaré siempre mi llegada, en la primavera de 1986, a un hotel de Madrid en el que iba a rodarse un programa cultural dedicado a un grupo de escritores jóvenes que habíamos publicado por entonces nuestras primeras novelas. Llegaba nervioso, ilusionado, asustado, todavía con el pánico de haber volado por segunda o tercera vez en mi vida, abrumado por el tamaño y el ruido de Madrid, halagado por el privilegio de que un chófer me hubiera recogido al salir de Barajas. A los pocos minutos de encontrarme en lo que para mi apocamiento provinciano era una sala llena de esa rara especie de escritores que vivían en la capital y cuyos nombres aparecían con cierta frecuencia en el periódico, comprendí que lo decisivo era que no se me notaran ni la ilusión ni la fragilidad, y sobre todo no traslucir ninguna muestra de entusiasmo hacia nada, menos aún hacia el hecho milagroso de haber sido invitado a un hotel de lujo, a viajar gratis en avión, a faltar un par de días a la oficina, a hablar de mi novela y de las novelas que habían alimentado mi deseo de escribir.

25 **Por algún motivo, la desgana, el desengaño, el rechazo del mundo común y visible,** tienen mucho más prestigio en literatura que el entusiasmo, la curiosidad y la alegría. Tendrá que ver, supongo, con la vieja tradición cristiana de recelo ante lo terrenal y lo tangible, especialmente en países como el nuestro, donde la ortodoxia eclesiástica y las ideologías opresoras del rango y de la limpieza de sangre nos mantuvieron durante siglos al margen del libre flujo de las ideas y de los vientos saludables del comercio, la innovación tecnológica, las ciencias naturales. El desengaño sombrío de Quevedo nos ha influido más que la curiosidad jovial de su casi contemporáneo Robert Hooke, y en nuestra historia intelectual tiene más peso el místico huracán Unamuno que el siempre entusiasta Ramón y Cajal.

30 **Dicen que los años lo vuelven a uno más desalentado o más cínico,** pero cuanto mayor me hago más partidario soy del entusiasmo, más desconfío de quien afecta el tedio de saberlo todo y de ser inmune a la sorpresa. Mis dos libros de cabecera, en estos últimos tiempos, fueron escritos hace más de siglo y medio por dos entusiastas admirables, dos de los hombres más generosos, más llenos de curiosidad, más cordialmente apasionados por las cosas, por todas las cosas: me refiero a Walt Whitman y a Charles Darwin, a los poemas de Hojas de Hierba y a los sabrosos episodios de aventura y observación de El viaje del Beagle. Walt Whitman decidió, con una audacia revolucionaria que transformó para siempre la literatura, que todas las cosas, los lugares, los seres humanos, los animales, los trabajos, las máquinas, podían contener el esplendor de la poesía. Charles Darwin recorrió una parte del mundo en los cinco años de la expedición del Beagle en un estado de entusiasmo parecido al que sentía Whitman al pasear por las calles de Manhattan. En la prosa científica de uno y en los versos torrenciales del otro el esplendor de todas las cosas terrenales tiene la fuerza de los primeros episodios del Génesis. “No hago nada sin alegría”, escribió en el siglo XVI el pensador francés Michel de Montaigne, otro de los fundadores de la conciencia moderna. El entusiasmo por el mundo real, la alegría de las tareas diarias son la energía que alimenta el progreso. Ni la poesía ni la ciencia son posibles sin ellos.

Revista muy interesante, pág.15, marzo 2005



Nº 3 La tabla del cuatro

Almudena Grandes

5 Entró en Internet a echar un vistazo a los precios y se quedó helado. Despreciando los céntimos – centavos, dirían allí–, los cálculos resultaban tan estrepitosos que llegó a dudar de la tabla del cuatro. Pero me la sé, se dijo luego, claro que me la sé, y ocho entre cuatro son dos, dos euros un trayecto medio en taxi, y veinte entre cuatro son cinco, la mejor parrillada del mundo desde cinco euros por persona, y cuarenta y seis entre cuatro son once euros y medio, once euros y medio un coche con chófer para ir desde el aeropuerto de Ezeiza hasta el centro de Buenos Aires...

10 Los cálculos le beneficiaban, desde luego, pero no le produjeron alegría. La perspectiva de llegar como un potentado al país al que emigraron todos los hermanos de su bisabuelo y algunos de los de su abuelo le inspiró una extraña clase de melancolía. No logró pensar en cazadoras de cuero, en bolsos y maletas, en libros raros o joyas antiguas, aunque sabía que todo eso estaba allí y que acabaría comprando varios ejemplares de cada cosa. No podía pensar en eso, porque su memoria ya

15 había empezado a bombardearle sin cesar con escenas que no había vivido, viejas imágenes en blanco y negro de las que apenas había visto alguna foto, rostros flacos y curtidos por el sol, fardos atados con sogas, maletillas de cartón, sonrisas forzadas y abrazos fuertes, y el dolor de los que se quedaban infiltrándose en el temor de los que se iban, y abrígate bien, y escribe, y ocúpate de que tu hermano tome leche todos los días, que todavía está creciendo... Se lo habían contado muchas

20 veces. Todos los veranos de su infancia, al viajar hacia el Norte, había visto algunas fotos, pocas, y el dedo huesudo, sarmentoso, de su abuela, señalando los rostros, los cuerpos, como si los acariciara. Este es mi tío Tomás, que era hermano de mi padre, y éste, su primo Avelino, que era del pueblo de al lado, y mira, éste es mi hermano pequeño, que se marchó en 1927 y nunca lo volví a ver... Su madre le dirigía unas terribles miradas de advertencia cuando dejaba escapar el menor indicio de

25 desánimo. Para la abuela es importante contarte esto, le decía después, así que tú te aguantas y la escuchas, que no me entere yo de lo contrario... Se habían marchado para huir de la pobreza, del hambre, de la ruina de unas pocas áreas cultivables que no daban de comer a tantas bocas. Se habían marchado para respirar, para avanzar hacia un horizonte inmenso, una avenida arbolada de abundancia, esmaltada de felicidad. Se habían

30 marchado y no habían vuelto, y así se habían librado de lo peor, pero también de lo mejor. Los últimos supervivientes de la generación de su abuela no habían vivido la guerra, el miedo, el hambre, décadas de una miseria atroz, humillante, pero tampoco reconocerían su pueblo si ahora pudieran tomar el desvío de la autovía para circular por sus calles pavimentadas, el cielo plagado de antenas parabólicas, la mitad de los jóvenes fuera de casa, estudiando en la universidad, y media docena de

35 locutorios para inmigrantes eslavos, marroquíes, iberoamericanos... ¡Qué pena! No entiende por qué siente pena, pero eso es lo que siente, una tristeza inmensa, porque no puede calcular la prosperidad que no vivieron sus abuelos, que no vivieron sus vecinos, todos los que se quedaron, pero piensa en sus primos, esos parientes lejanos a los que no ha visto nunca, con quienes se va a encontrar ahora por primera vez, y se pregunta si aquel barco, aquel esfuerzo y

40 tantas lágrimas merecieron de verdad la pena. Si los que emigraron se hubieran quedado en casa, sus nietos estarían ahora dudando, igual que él, de la tabla del cuatro. La paradoja endurece una experiencia en sí durísima, en este país nuestro de historia dura, áspera, no menos dura, no menos áspera que la del país donde vivió y sufrió la mitad de su familia. Y eso no es lo peor. Lo peor es que en este mundo se ha acabado ya hasta el dudoso consuelo de las paradojas. Que los miles de

45 personas que mueren y siguen muriendo en el Estrecho no tendrán nietos, y quienes los tengan, nunca les escucharán decir que se lamentan de haber abandonado su país original, porque la riqueza y la pobreza cada vez se parecen más a las papeletas de una rifa amañada, en la que siempre ganan y siempre pierden los mismos. Todo eso piensa, y por un instante, dividiendo entre cuatro, hasta se arrepiente de haberse decidido

50 por fin a hacer este viaje.

revista@lanacion.com.ar, 04-11-2007



Nº 4 Especialista en todo

Juan Goytisolo

Hace unos días, recibí la visita del *bloguero* Pat, cuya página *web* figura al parecer entre las más consultadas de España. Había leído en la prensa que escribo mis paparruchas con un bolígrafo de un euro. ¿Es cierto, preguntó, o se trata de una invención del periodista? Desdichadamente, le dije, es la pura verdad.

Me temo que sí, admití, soy alérgico a las nuevas tecnologías

Su rostro expresó al punto una mezcla de asombro y de conmiseración: ¿cómo se las arregla usted para enviar sus manuscritos a los editores y al diario en el que colabora? Le expliqué que, según las circunstancias, recurría a la preciosa ayuda de dos o tres amigos internautas, visitantes asiduos de la ciudad en la que vivo o residentes en ella, y si no tenía a nadie a mano, dictaba el texto de mi colaboración por teléfono, me lo devolvían del periódico por fax y corregía de nuevo por teléfono las posibles erratas o faltas.

¡Se ha quedado usted colgado en el pasado siglo!, me reprochó Pat. No, en el XIX, rectificué: en el XX mis colegas de oficio tecleaban en su Remington o su Olivetti. ¡Es usted una reliquia del pasado, un verdadero carcamal! Me temo que sí, admití, soy alérgico a las nuevas tecnologías. ¿No le interesa Internet? ¡Está fuera de mi pobre capacidad de escriba! ¿Cuánto tiempo le lleva componer un artículo de dos folios? Unas cuatro o cinco horas según el tema y mi grado de concentración; luego, el día siguiente corrijo el texto y lo paso a limpio. ¡Qué pérdida de tiempo, señor novelista; yo redacto mi *ciberdiario* en cuestión de minutos!

Pat me mira con creciente desprecio e incredulidad. ¡No sabe usted lo que se pierde! ¡tener toda la información del mundo con pulsar un botón y rastrear en el buscador! Lo lamento, la naturaleza ha sido muy cruel conmigo en lo que respecta a las cosas prácticas. Y ¿cómo se las arregla para componer sus artículos sobre Irán o Chechenia? Procuero hablar de lo poco que sé y no de lo mucho que no sé; por fortuna dispongo de un pequeño archivo de recortes de prensa sobre los temas que me interesan. ¿No sabe usted que Internet es el mejor archivo del mundo? ¡Gracias a él puedo escribir sobre cualquier tema político, cultural, económico, etcétera, sin temor a meter la pata como usted hace unos meses! ¿A qué diablos de metedura se refiere? Si no ando errado, dijo con ironía, atribuyó usted a Oscar Wilde una obra de André Gide; conmigo, un error así es imposible: recurro a mi ordenador para verificar que cuanto digo es cierto y evito los fallos de la memoria. ¡La garantía de la exactitud de cuanto aparece en mi *blog* es de 100%!

No tuve más remedio que inclinar la cabeza: sí, mi temática es muy restringida. ¡Usted se veda la posibilidad de extenderla a todos los temas de actualidad!; ¿podría escribir, por ejemplo, un artículo sobre Tíbet o el conflicto fronterizo entre Eritrea y Etiopía? Yo se lo redacto en menos de 20 minutos, y me baso en datos completos y demostrables. Puedo informar a los lectores de mi *blog* tanto del problema kurdo, como del separatismo tamil en Sri Lanka o las *maras* de El Salvador y mil cosas más. ¡Me he convertido en un especialista en todo porque Internet me lo permite!

Pat rebosaba de orgullo y examinaba con desdén los bolígrafos, cintas correctoras, páginas llenas de tachaduras, lapiceros, gomas, afilalápices: toda la antigüalla acumulada en la mesa del antediluviano amanuense que soy.

¿Puedo sacar una foto de su escritorio con mi móvil? Preparo una página sobre los que llamo *anticuarios*, destinado a los internautas de mi *ciberdiario*: ¡les hará mucha gracia saber cómo se trabajaba en tiempos pasados y usted es ya un ejemplar raro! Le dejé extasiarse ante mis útiles de trabajo y me resigné a su compasión. Soy una especie en vías de extinción, ¿verdad?, le dije. ¡Sí, exactamente! Pat sonreía y me dio una palmada cariñosa antes de despedirse.

Me quedé sentado junto a la mesa de trabajo, cubierta de artículos de escritorio caídos en desuso. Quería componer algo sobre la relación existente entre las exigencias de la industria armamentística y la permanente necesidad del terror, pero carecía de los datos indispensables para fundamentarla. Envidiaba a Pat, y medía melancólicamente los estrechos límites de mi condición de autor no especialista en todo, obligado a ser humilde ante quienes como el *bloguero* Pat sí lo son.

El País, 22-11-2009



N° 5 El muerto inolvidable

Oswaldo Soriano

Mar del Plata, 1943- Buenos Aires, 1997

5 Se llama Mereco mi muerto inolvidable. Para mí su viejo Ford nunca termina de desbarrancarse de una quebrada puntana, bajo una suave garúa que no amaina ni siquiera cuando vamos con mi padre rumbo a su velorio. ¿Cómo puede ser que Mereco esté muerto si hace cuarenta años que yo lo llevo en mí, flaco y alto como un farol de la plaza.?

10 Cuando mi padre se descuida me acerco al ataúd que está más alto que mi cabeza y un comedido me levanta para que lo vea ahí, orondo, machucado y con la corbata planchada. La novia entra, llora un rato y se va, inclinada sobre otra mujer más vieja. Hay tipos que le fuman en la cara, toman copas y otro que entra al living repartiendo pésames prepotentes y se desmaya en los brazos de la madre.

15 Después vinieron otros muertos considerables, pero ninguno como él. Recuerdo a un colorado que me convidaba pochoclo en el colegio y lo agarró un camión a la salida. También a un insider de los Infantiles Evita que nunca largaba la pelota y se quedó pegado a un cable de la luz. Pero aquellos muertos no eran drama porque nosotros, los otros, nunca nos íbamos a morir. Al menos eso me dijo mi padre mientras caminábamos por la vereda, a lo largo de la acequia, cubiertos por un paraguas deshilachado. Casi nunca llovía en aquel desierto pero en esos días de comienzos del peronismo se levantó el chorrillero, empezó a lloviznar y Mereco no pudo dominar el furioso descapotable negro en
20 el que yo aprendí a manejar.

25 Por mi culpa mi padre estaba resentido con él y sólo de verlo muerto podía perdonarle aquel día en que lo llevaron preso. Salimos del velorio por un corredor y cruzamos un terreno baldío para llegar al depósito de la comisaría. El Ford A estaba en la puerta, aplastado como una chapita de cerveza. Mi padre iba consolando a otra novia que tenía el finado y ya no se acordaba de mí. Pegado a la pared para que no me viera el vigilante, me acerqué al amasijo de fierros y alcancé a ver el volante de madera lustrada. Seguía reluciente y entero entre las chapas aplastadas. También estaba intacta la plaqueta del tablero con el velocímetro y el medidor de nafta. Marcaba en millas, me acuerdo, y cuando íbamos a ver a su otra novia, Mereco lo levantaba a sesenta o más por el camino de tierra.

30 Nadie sabía nada. Mi padre creía que yo me quedaba en la escuela y la novia de Mereco estaba convencida de que íbamos a buscar a mi padre que controlaba el agua en las piletas del regimiento. Entonces llegábamos a un caserío viejo que el coronel Manuel Dorrego había tomado y defendido no sé cuántas veces y Mereco me dejaba solo con el Ford A debajo de una higuera frondosa. Ésa era mi fiesta en los días en que Mereco no estaba muerto y el Ford seguía intacto. Me sentaba en su asiento, estiraba las piernas hasta tocar los pedales y el que iba a mi lado era Fangio anunciándome
35 curvas y terraplenes.

Mereco no es un muerto triste. Tiene como veinticinco años y todavía lo veo así ahora que yo tengo el doble y he recorrido más rutas que él. Antes del incidente que lo enemistó con mi viejo, solía venir a casa a tomar mate y dar consejos. "Hágame caso, doble siempre golpeando el volante, don José", le decía a mi padre como si mi padre tuviera un coche con el que doblar. "En el culebreo suelte el volante hasta que se acomode solo", insistía. "Es un farabute", comentaba mi viejo mientras lo miraba
40 alejarse con el parabrisas bajo y las antiparras puestas.

45 Nunca tuvieron un mango ni Mereco ni mi padre. Por las tardes, a la salida de la escuela, yo corría hasta la juguetería para mirar un avión en la vidriera. Era un bimotor de lata con el escudo argentino pintado en las alas. Mi madre me había dicho que nunca podría comprármelo, que no alcanzaba el sueldo de Obras Sanitarias y que por eso mi padre iba a cortar entradas al cine. Al menos podíamos ver todas las películas que queríamos. Pero en casi todas mostraban aviones y yo no me consolaba con recortarlos de las láminas del Billiken.

50 Una tarde entré a robarlo. Por la única foto que me queda de ese tiempo supongo que llevaría guardapolvo tableado, un echarpe de San Lorenzo y la cartera en la que pensaba esconder el avión. En el negocio había un par de mujeres mirando muñecas y el dueño me relojeó enseguida. Era un pelado del Partido Conservador que recién se había hecho peronista y tenía en la pared una foto del general a caballo. Busqué con la mirada por los estantes mientras las mujeres se iban y de pronto me quedé a solas con el tipo. Ahí me di cuenta de que estaba perdido. No había robado nada pero igual



me sentía un ladrón. Me puse colorado y las piernas me temblaban de miedo. El pelado dio la vuelta al mostrador y me dio una cachetada sonora, justiciera. Nos quedamos en silencio, como esperando que el sol se oscureciera. ¿Qué hacer si ya no podía robarle el juguete? ¿Cómo esconder aquella humillación? Me volví y salí corriendo. Mi viejo estaba esperándome en la esquina con la bicicleta de la repartición. Tenía el pucho entre los labios y sonrió al verme llegar. "¿Qué te pasa?", me preguntó mientras yo subía al caño de la bici. Le contesté que me había retado la maestra, pero no me creyó. "¿No me querés decir nada, no?", dijo y yo asentí. Hicimos el camino a casa callados, corridos por el viento.

Una tarde, mientras iba en el Ford con Mereco, no pude aguantarme y le conté. Se levantó las antiparras y como único comentario me guiñó un ojo. Dos o tres días más tarde vino a casa con el plano de un nuevo carburador que quería ponerle al coche. Traía una botella de tinto y el avión envuelto en una bolsa de papel. "Lo encontré tirado en la plaza", me dijo y cambió de conversación. Mi padre se olió algo raro y a cada rato levantaba la vista del plano para vigilarnos las miradas. No sé por qué tuve miedo de que el pelado viniera a tocar el timbre y me abofeteara de nuevo.

Pero el pelado no vino y Mereco desapareció por un tiempo. Fue por esos días cuando a mi padre lo comisionaron para hacer una inspección en Villa Mercedes y me llevó con él en el micro. Un pariente del gobernador tenía una instalación clandestina para regar una quinta de duraznos, o algo así. Recuerdo que no bien llegamos el jefe del distrito le dijo a mi padre que no se metiera porque lo iban a correr a tiros. "¡Pero si la gente no tiene agua para tomar, cómo no me voy a meter!", contestó mi viejo y volvimos a la pensión. No me acuerdo de qué me habló esa noche a solas en el comedor de los viajantes, pero creo que evocaba sus días del Otto Krause y a una mujer que había perdido durante la revolución del año 30.

Todo aquello me vuelve ahora envuelto en sombras. Nebulosos me parecen el subcomisario y el vigilante que vinieron a la mañana a quitarme el avión y a echarnos de Villa Mercedes antes de que mi padre pudiera hacer la inspección. Tenían un pedido de captura en San Luis y nos empujaron de mala manera hasta la terminal donde esperaba un policía de uniforme flamante. Hicimos el viaje de regreso en el último asiento custodiados por el vigilante y la gente nos miraba feo. En la terminal mi padre me preguntó por lo bajo si yo era cómplice de Mereco. Le dije que sí pero me ordenó que no dijera nada, que no nombrara a nadie.

No era la primera vez que nos llevaban a una comisaría y mi padre se defendió bastante bien. Negó que yo hubiera robado el avión y responsabilizó al comisario de interferir la acción de otro agente del Estado en cumplimiento del deber. Era hábil con los discursos mi viejo. Enseguida sacaba a relucir a los próceres que todavía estaban frescos y si seguía la resistencia también lo sacaba al General que tanto detestaba. A mí me llevaron a casa, donde encontré a mi madre llorando. Al rato Mereco cayó en el Ford y nos dijo que lo acompañáramos, que iba a entregarse.

Cuando llegamos, mi padre ya se había confesado culpable y en la guardia se armó una trifulca bárbara porque Mereco también quería ser el ladrón y mi viejo gritaba que a él sólo le asistía el derecho de robar un juguete para su hijo. Como ninguno de los dos tenía plata para pagarlo, mi avión fue a parar a un cajón lleno de cachiporras y cartucheras. Al amanecer llegó el jefe de Obras Sanitarias y nos largaron a todos. Mi padre se negó a subir al descapotable de Mereco y le dijo que si aparecía otra vez por casa le iba a romper la cara. Fue la última vez que lo vimos antes del velorio.

Se calzó las antiparras, saludó con un brazo en alto y ahí va todavía, a noventa y capota baja, subiendo la quebrada con aquel Ford en el que hace tanto tiempo yo aprendí a manejar.

De *Cuentos de los años felices*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1993.



N° 6 El Sur

Jorge Luis Borges

5 El hombre que desembarcó en Buenos Aires en 1871 se llamaba Johannes Dahlmann y era pastor de la Iglesia evangélica; en 1939, uno de sus nietos, Juan Dahlmann, era secretario de una biblioteca municipal en la calle Córdoba y se sentía hondamente argentino. Su abuelo materno había sido aquel Francisco Flores, del 2 de infantería de línea, que murió en la frontera de Buenos Aires, lanceado por indios de Catriel: en la discordia de sus dos linajes, Juan Dahlmann (tal vez a impulso de la sangre germánica) eligió el de ese antepasado romántico, o de muerte romántica. Un estuche con el daguerrotipo de un hombre inexpresivo y barbado, una vieja espada, la dicha y el coraje de ciertas músicas, el hábito de estrofas del Martín Fierro, los años, el desgano y la soledad, fomentaron ese criollismo algo voluntario, pero nunca ostentoso. A costa de algunas privaciones, Dahlmann había logrado salvar el casco de una estancia en el Sur, que fue de los Flores: una de las costumbres de su memoria era la imagen de los eucaliptos balsámicos y de la larga casa rosada que alguna vez fue carmesí. Las tareas y acaso la indolencia lo retenían en la ciudad. Verano tras verano se contentaba con la idea abstracta de posesión y con la certidumbre de que su casa estaba esperándolo, en un sitio preciso de la llanura. En los últimos días de febrero de 1939, algo le aconteció.

20 Ciego a las culpas, el destino puede ser despiadado con las mínimas distracciones. Dahlmann había conseguido, esa tarde, un ejemplar descabalado de Las Mil y Una Noches de Weil; ávido de examinar ese hallazgo, no esperó que bajara el ascensor y subió con apuro las escaleras; algo en la oscuridad le rozó la frente, ¿un murciélago, un pájaro? En la cara de la mujer que le abrió la puerta vio grabado el horror, y la mano que se pasó por la frente salió roja de sangre. La arista de un batiente recién pintado que alguien se olvidó de cerrar le habría hecho esa herida. Dahlmann logró dormir, pero a la madrugada estaba despierto y desde aquella hora el sabor de todas las cosas fue atroz. La fiebre lo gastó y las ilustraciones de Las Mil y Una Noches sirvieron para decorar pasadillas. Amigos y parientes lo visitaban y con exagerada sonrisa le repetían que lo hallaban muy bien. Dahlmann los oía con una especie de débil estupor y le maravillaba que no supieran que estaba en el infierno. Ocho días pasaron, como ocho siglos. Una tarde, el médico habitual se presentó con un médico nuevo y lo condujeron a un sanatorio de la calle Ecuador, porque era indispensable sacarle una radiografía. Dahlmann, en el coche de plaza que los llevó, pensó que en una habitación que no fuera la suya podría, al fin, dormir. Se sintió feliz y conversador; en cuanto llegó, lo desvistieron; le raparon la cabeza, lo sujetaron con metales a una camilla, lo iluminaron hasta la ceguera y el vértigo, lo auscultaron y un hombre enmascarado le clavó una aguja en el brazo. Se despertó con náuseas, vendado, en una celda que tenía algo de pozo y, en los días y noches que siguieron a la operación pudo entender que apenas había estado, hasta entonces, en un arrabal del infierno. El hielo no dejaba en su boca el menor rastro de frescura. En esos días, Dahlmann minuciosamente se odió; odió su identidad, sus necesidades corporales, su humillación, la barba que le erizaba la cara. Sufrió con estoicismo las curaciones, que eran muy dolorosas, pero cuando el cirujano le dijo que había estado a punto de morir de una septicemia, Dahlmann se echó a llorar, condolido de su destino. Las miserias físicas y la incesante previsión de las malas noches no le habían dejado pensar en algo tan abstracto como la muerte. Otro día, el cirujano le dijo que estaba reponiéndose y que, muy pronto, podría ir a convalecer a la estancia. Increíblemente, el día prometido llegó.

45 A la realidad le gustan las simetrías y los leves anacronismos; Dahlmann había llegado al sanatorio en un coche de plaza y ahora un coche de plaza lo llevaba a Constitución. La primera frescura del otoño, después de la opresión del verano, era como un símbolo natural de su destino rescatado de la muerte y la fiebre. La ciudad, a las siete de la mañana, no había perdido ese aire de casa vieja que le infunde la noche; las calles eran como largos zaguanes, las plazas como patios. Dahlmann la reconocía con felicidad y con un principio de vértigo; unos segundos antes de que las registrarán sus ojos, recordaba las esquinas, las carteleras, las modestas diferencias de Buenos Aires. En la luz amarilla del nuevo día, todas las cosas regresaban a él.

50 Nadie ignora que el Sur empieza del otro lado de Rivadavia. Dahlmann solía repetir que ello no es una convención y que quien atraviesa esa calle entra en un mundo más antiguo y más firme. Desde el coche buscaba entre la nueva edificación, la ventana de rejas, el llamador, el arco de la puerta, el zaguán, el íntimo patio.

55 En el *hall* de la estación advirtió que faltaban treinta minutos. Recordó bruscamente que en un café de la calle Brasil (a pocos metros de la casa de Yrigoyen) había un enorme gato que se dejaba acariciar por la gente, como una divinidad desdeñosa. Entró. Ahí estaba el gato, dormido. Pidió una taza de café, la endulzó lentamente, la probó (ese placer le había sido vedado en la clínica) y pensó,



mientras alisaba el negro pelaje, que aquel contacto era ilusorio y que estaban como separados por un cristal, porque el hombre vive en el tiempo, en la sucesión, y el mágico animal, en la actualidad, en la eternidad del instante.

5 A lo largo del penúltimo andén el tren esperaba. Dahlmann recorrió los vagones y dio con uno casi vacío. Acomodó en la red la valija; cuando los coches arrancaron, la abrió y sacó, tras alguna vacilación, el primer tomo de *Las Mil y Una Noches*. Viajar con este libro, tan vinculado a la historia de su desdicha, era una afirmación de que esa desdicha había sido anulada y un desafío alegre y secreto a las frustradas fuerzas del mal.

10 A los lados del tren, la ciudad se desgarraba en suburbios; esta visión y luego la de jardines y quintas demoraron el principio de la lectura. La verdad es que Dahlmann leyó poco; la montaña de piedra imán y el genio que ha jurado matar a su bienhechor eran, quién lo niega, maravillosos, pero no mucho más que la mañana y que el hecho de ser. La felicidad lo distraía de Shahrazad y de sus milagros superfluos; Dahlmann cerraba el libro y se dejaba simplemente vivir.

15 El almuerzo (con el caldo servido en boles de metal reluciente, como en los ya remotos veraneos de la niñez) fue otro goce tranquilo y agradecido.

20 *Mañana me despertaré en la estancia*, pensaba, y era como si a un tiempo fuera dos hombres: el que avanzaba por el día otoñal y por la geografía de la patria, y el otro, encarcelado en un sanatorio y sujeto a metódicas servidumbres. Vio casas de ladrillo sin revocar, esquinadas y largas, infinitamente mirando pasar los trenes; vio jinetes en los terrosos caminos; vio zanjas y lagunas y hacienda; vio largas nubes luminosas que parecían de mármol, y todas estas cosas eran casuales, como sueños de la llanura. También creyó reconocer árboles y sembrados que no hubiera podido nombrar, porque su directo conocimiento de la campaña era hartamente inferior a su conocimiento nostálgico y literario.

25 Alguna vez durmió y en sus sueños estaba el ímpetu del tren. Ya el blanco sol intolerable de las doce del día era el sol amarillo que precede al anochecer y no tardaría en ser rojo. También el coche era distinto; no era el que fue en Constitución, al dejar el andén: la llanura y las horas lo habían atravesado y transfigurado. Afuera la móvil sombra del vagón se alargaba hacia el horizonte. No turbaban la tierra elemental ni poblaciones ni otros signos humanos. Todo era vasto, pero al mismo tiempo era íntimo y, de alguna manera, secreto. En el campo desaforado, a veces no había otra cosa que un toro. La soledad era perfecta y tal vez hostil, y Dahlmann pudo sospechar que viajaba al pasado y no sólo al Sur. De esa conjetura fantástica lo distrajo el inspector, que al ver su boleto, le advirtió que el tren no lo dejaría en la estación de siempre sino en otra, un poco anterior y apenas conocida por Dahlmann. (El hombre añadió una explicación que Dahlmann no trató de entender ni siquiera de oír, porque el mecanismo de los hechos no le importaba).

35 El tren laboriosamente se detuvo, casi en medio del campo. Del otro lado de las vías quedaba la estación, que era poco más que un andén con un cobertizo. Ningún vehículo tenían, pero el jefe opinó que tal vez pudiera conseguir uno en un comercio que le indicó a unas diez, doce, cuadras.

40 Dahlmann aceptó la caminata como una pequeña aventura. Ya se había hundido el sol, pero un esplendor final exaltaba la viva y silenciosa llanura, antes de que la borrara la noche. Menos para no fatigarse que para hacer durar esas cosas, Dahlmann caminaba despacio, aspirando con grave felicidad el olor del trébol.

45 El almacén, alguna vez, había sido punzón, pero los años habían mitigado para su bien ese color violento. Algo en su pobre arquitectura le recordó un grabado en acero, acaso de una vieja edición de *Pablo y Virginia*. Atados al palenque había unos caballos. Dahlmann, adentro, creyó reconocer al patrón; luego comprendió que lo había engañado su parecido con uno de los empleados del sanatorio. El hombre, oído el caso, dijo que le haría atar la jardinera; para agregar otro hecho a aquel día y para llenar ese tiempo, Dahlmann resolvió comer en el almacén.

50 En una mesa comían y bebían ruidosamente unos muchachones, en los que Dahlmann, al principio, no se fijó. En el suelo, apoyado en el mostrador, se acurrucaba, inmóvil como una cosa, un hombre muy viejo. Los muchos años lo habían reducido y pulido como las aguas a una piedra o las generaciones de los hombres a una sentencia. Era oscuro, chico y reseco, y estaba como fuera del tiempo, en una eternidad. Dahlmann registró con satisfacción la vincha, el poncho de bayeta, el largo



chiripá y la bota de potro y se dijo, rememorando inútiles discusiones con gente de los partidos del Norte o con entrerrianos, que gauchos de éstos ya no quedan más que en el Sur.

5 Dahlmann se acomodó junto a la ventana. La oscuridad fue quedándose con el campo, pero su olor y sus rumores aún le llegaban entre los barrotes de hierro. El patrón le trajo sardinas y después carne asada; Dahlmann las empujó con unos vasos de vino tinto. Ocioso, paladeaba el áspero sabor y dejaba errar la mirada por el local, ya un poco soñolienta. La lámpara de kerosén pendía de uno de los tirantes; los parroquianos de la otra mesa eran tres: dos parecían peones de chacra: otro, de rasgos achinados y torpes, bebía con el chambergo puesto. Dahlmann, de pronto, sintió un leve roce en la cara. Junto al vaso ordinario de vidrio turbio, sobre una de las rayas del mantel, había una bolita de miga. Eso era todo, pero alguien se la había tirado.

10 Los de la otra mesa parecían ajenos a él. Dahlmann, perplejo, decidió que nada había ocurrido y abrió el volumen de *Las Mil y Una Noches*, como para tapar la realidad. Otra bolita lo alcanzó a los pocos minutos, y esta vez los peones se rieron. Dahlmann se dijo que no estaba asustado, pero que sería un disparate que él, un convaleciente, se dejara arrastrar por desconocidos a una pelea confusa.

15 Resolvió salir; ya estaba de pie cuando el patrón se le acercó y lo exhortó con voz alarmada:

-Señor Dahlmann, no les haga caso a esos mozos, que están medio alegres.

20 Dahlmann no se extrañó de que el otro, ahora, lo conociera, pero sintió que estas palabras conciliadoras agravaban, de hecho, la situación. Antes, la provocación de los peones era a una cara accidental, casi a nadie; ahora iba contra él y contra su nombre y lo sabrían los vecinos. Dahlmann hizo a un lado al patrón, se enfrentó con los peones y les preguntó qué andaban buscando.

25 El compadrito de la cara achinada se paró, tambaleándose. A un paso de Juan Dahlmann, lo injurió a gritos, como si estuviera muy lejos. Jugaba a exagerar su borrachera y esa exageración era otra ferocidad y una burla. Entre malas palabras y obscenidades, tiró al aire un largo cuchillo, lo siguió con los ojos, lo barajó e invitó a Dahlmann a pelear. El patrón objetó con trémula voz que Dahlmann estaba desarmado. En ese punto, algo imprevisible ocurrió.

30 Desde un rincón el viejo gaucho estático, en el que Dahlmann vio una cifra del Sur (del Sur que era suyo), le tiró una daga desnuda que vino a caer a sus pies. Era como si el Sur hubiera resuelto que Dahlmann aceptara el duelo. Dahlmann se inclinó a recoger la daga y sintió dos cosas. La primera, que ese acto casi instintivo lo comprometía a pelear. La segunda, que el arma, en su mano torpe, no serviría para defenderlo, sino para justificar que lo mataran. Alguna vez había jugado con un puñal, como todos los hombres, pero su esgrima no pasaba de una noción de que los golpes deben ir hacia arriba y con el filo para adentro. No hubieran permitido en el sanatorio que me pasaran estas cosas, pensó.

35 -Vamos saliendo- dijo el otro.

40 Salieron, y si en Dahlmann no había esperanza, tampoco había temor. Sintió, al atravesar el umbral, que morir en una pelea a cuchillo, a cielo abierto y acometiendo, hubiera sido una liberación para él, una felicidad y una fiesta, en la primera noche del sanatorio, cuando le clavaron la aguja. Sintió que si él, entonces, hubiera podido elegir o soñar su muerte, ésta es la muerte que hubiera elegido o soñado.

Dahlmann empuña con firmeza el cuchillo, que acaso no sabrá manejar, y sale a la llanura.

45 *Artificios* (1944)
Obras completas de Jorge Luis Borges, págs 525 y sig. Emecé Editores, Buenos Aires, 1974



Nº 7 Las meninas

Félix de Azúa

Velázquez representó lo que iba a ser la mirada en el mundo capitalista.

- 5 Sería ridículo negar que la *Mona Lisa* es la pintura más popular del milenio, aunque sólo fuera por las masas de turistas y empleados de seguridad que impiden verla, así como por las toneladas de camisetas, gorras de béisbol, llaveros, botellas de chianti y otros productos que se ennoblecen con su figura. Pero estamos autorizados para negar que sea *la mejor pintura del milenio*. Por el contrario, podemos afirmar y afirmamos que *Las Meninas* es la mejor pintura del milenio por muchas razones, y
- 10 no solo porque todavía nadie la lleve estampada en los calzoncillos. Una de ellas (la menos conocida) es que, en su célebre pintura, Velázquez hace una exacta representación de lo que iba a ser la mirada en el mundo capitalista. Podríamos decir, exagerando un poco, que Velázquez inventó allí mismo el fundamento racional de la televisión, aunque sin añadirle componentes eléctricos tan adecuados como prescindibles, si bien se analiza.
- 15 Se habrá observado que sólo dos ojos miran al espectador desde la *Mona Lisa*. Pues bien, en *Las Meninas* hay 24 ojos perfectamente visibles, de los cuales no menos de 10 observan al observador. Dicho de otro modo, hay una audiencia mirando a otra audiencia en *prime time*, y nadie sabe de modo cierto cuál es la audiencia verdadera. Todos esos ojos contrastan con los párpados cerrados del perro, impacible incluso ante el niño que le propina una patada, anticipo de los millones de perros que dormirán plácidamente ante el televisor durante siglos y siglos. Y he dicho ante el televisor porque la tela de *Las Meninas* no es un soporte textil, sino una especie de primitiva pantalla de televisión. ¿Y qué aparece en ella? Se observará que el realizador del programa (Velázquez) estaba allí preparando el escenario y dando instrucciones a los actores y a la niña rubita que hace de protagonista (hay un electricista sobre una escalera dirigiendo la luz de los focos), cuando sin previo aviso irrumpen en el
- 25 plató el director general y la jefa de personal, generalmente visibles en el espejo del fondo. Debemos imaginar el resto del guión: “¿Qué tal Velázquez?”, “Muy bien, señor”, “Nos gusta su programa, Velázquez, lo ve mucha gente”, “Se lo agradezco mucho, señor, cuento con un buen equipo” “Vaya usted preparando una serie para Viena, pero con menos actores; los imperiales son tacaños”, “Me pongo a ello, señor”. La jefa de personal acaricia a la niña rubita. Una escena de este tipo nada tendría de particular si no fuera porque Velázquez utilizó el tema del escenario sorprendido en plena faena, como argumento del programa mismo, a la manera de un *reality show* y mucho antes que Descartes comenzara a dudar metóficamente sobre la realidad de nuestras experiencias habituales. Por esta razón, los conservadores del Museo del Prado hace ya décadas que sitúan un espejo frente a la pintura para facilitar al espectador una aproximación más real a la obra de
- 30 Velázquez. En efecto, la imagen repetida sobre una superficie de vidrio y azogue elimina la presencia de esas molestas pinceladas que distraen de la imagen televisiva pura. De ese modo, en el espejo puede admirarse con mayor rigor científico la primera escena de televisión que se produjo en el planeta. Velázquez demostró que en la era moderna la imagen real no está en ningún lugar, y que todo eso que llamamos *realidad* no es si no el simulacro de un simulacro.
- 35 Ni que decir que esta intuición colosal del uso moderno de los ojos para identificar como real y verdadero exclusivamente aquello que producen los realizadores de televisión ha tenido muchos y muy interesantes desarrollos posteriores. Uno de ellos *El show de Truman*, es a todas luces insuficiente por su arcaico modo de situar al realizador del programa (¡fuera del escenario, como en la escolástica!). Picasso, por su parte, produjo un *remarke* tan exageradamente *nouvelle vague* que sólo
- 40 ha circulado por los cines de arte y ensayo. Michel Foucault, en su célebre prólogo a *Las palabras y las cosas*, se extendió sagazmente sobre el asunto del « realizador realizado », pero por desdicha utilizó un lenguaje oscuro, incompatible con la diáfana mirada velazqueña. Espero haberle puesto remedio y que ya a nadie le quepa la menor duda.

50 *El mejor ojo del milenio*, El País Semanal, pág. 96, 10-10-1999



VELAZQUEZ, Diego
Las Meninas
1656
Oil on canvas
10'5" x 9'1"
Museo del Prado, Madrid

5

<http://www.artchive.com/meninas.htm>



N° 8 Don Quijote de la Mancha
Primera parte ,Capítulo VIII

Miguel de Cervantes Saavedra

5 *Del buen suceso [1] que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, [2] con otros sucesos dignos de felice recordación*

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como don Quijote los vio, dijo a su escudero:

10 —La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer, que esta es buena guerra [3], y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra [4].

—¿Qué gigantes? —dijo Sancho Panza.

15 —Aquellos que allí ves —respondió su amo—, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced —respondió Sancho— que aquellos que allí se parecen no son gigantes [5], sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

20 —Bien parece —respondió don Quijote— que no estás cursado en esto de las aventuras [6]: ellos son gigantes; y si tienes miedo quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla [7].

25 Y, diciendo esto, dio de espuelas a su caballo Rocinante [8], sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba a acometer [*]. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes [9], que ni oía [*] las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas:

—Non fuyades [10], cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.

30 Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por don Quijote, dijo:

—Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo [11], me lo habéis de pagar.

35 Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre [12], arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primero molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero [13], que fue rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle, a todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear: tal fue el golpe que dio con él Rocinante.

40

—¡Válame Dios! —dijo Sancho—. ¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

45 —Calla, amigo Sancho —respondió don Quijote—, que las cosas de la guerra más que otras están sujetas a continua mudanza [14]; cuanto más, que yo pienso, y es así verdad [15], que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo [16] han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

—Dios lo haga como puede —respondió Sancho Panza.



Y, ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba [17]. Y, hablando en la pasada aventura [18], siguieron el camino del Puerto Lápice [19], porque allí decía don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero [20]; sino que iba muy pesaroso, por haberle faltado la lanza; y diciéndoselo a su escudero, le dijo:

5 —Yo me acuerdo haber leído que un caballero español llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada [*], desgajó de una encina un pesado ramo o tronco, y con él hizo tales cosas aquel día y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre «Machuca» [21], y así él como sus decendientes se llamaron desde aquel día en adelante «Vargas y Machuca». Hete dicho esto porque de la primera encina o roble que se me depare pienso desgajar
10 otro tronco, tal y tan bueno como aquel que me imagino; y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir a vellas y a ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas.

15 —A la mano de Dios [22] —dijo Sancho—. Yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída.

—Así es la verdad —respondió don Quijote—, y si no me quejo del dolor, es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna [23], aunque se le salgan las tripas por ella.

20 —Si eso es así, no tengo yo que replicar —respondió Sancho—; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.

No se dejó de reír don Quijote de la simplicidad de su escudero; y, así, le declaró que podía muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin gana o con ella, que hasta entonces no había leído cosa en
25 contrario en la orden de caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacía menester [24], que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia, se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y, sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de su espacio [*][25], y de cuando en cuando empinaba [*] la bota, con tanto gusto, que le pudiera envidiar el más regalado
30 bodegonero de Málaga [26]. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen.

35 En resolución [27], aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó don Quijote un ramo seco que casi le podía servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le había quebrado [28]. Toda aquella noche no durmió don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que había leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas
40 noches en las florestas y despoblados [29], entretenidos con las memorias de sus señoras [30]. No la pasó así Sancho Panza, que, como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria [31], de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle [32], si su amo no lo [*] llamara, los rayos del sol, que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo día saludaban. Al levantarse, dio un tiento a la bota [33], y hallóla algo más flaca que la noche antes, y afligiósele [*] el corazón, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan
45 presto su falta. No quiso desayunarse don Quijote, porque, como está dicho, dio en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron a su comenzado camino del Puerto Lápice, y a obra de las tres del día le descubrieron [34].

Centro Virtual Cervantes: <http://cvc.cervantes.es/obref/quijote/indice.htm>



Nº 9 La Lisboa que nunca conocí

Rosa Montero

5 El otro día estuve en la bella Lisboa, cenando en un restaurante en donde se cantaban fados. El fado, ya se sabe, es una música urbana, doliente y nostálgica. Los humanos, que somos sobre todo seres memoriosos, y que basamos nuestra identidad en nuestros recuerdos (si tú quieres explicarle a un desconocido, normalmente le haces un breve recuento de tu vida), tenemos muy diversas formas de recordar. La nostalgia es la memoria impregnada por el sentimiento agudo de la pérdida, una memoria consciente del tiempo que se fue. Pero hay un curioso tipo de nostalgia que a mí me fascina especialmente, y es aquella que se siente por algo que uno no ha vivido. Una nostalgia de algo desconocido, de mundos que nunca podremos perder porque ni siquiera los hemos tenido.

10 Mi padre era torero profesional. Trabajó durante décadas como banderillero, y solía viajar a Portugal y al sur de Francia para torear en los países vecinos. Los fados le encantaban, y cuando hablaba de Lisboa apenas si decía nada : sólo que era una ciudad maravillosa. Y se le dibujaba en la cara una pequeña sonrisa soñadora, como quien contempla en su interior un paisaje secreto y formidable. Le imagino, de joven y torero, quemando la noche lisboeta con los compañeros de la cuadrilla. Le imagino teniendo aventuras, siendo libre, viendo amanecer en algún garito del barrio de Alfama con toda su existencia por delante. Como es natural, todo este paisaje de la vida nocturna, de la vida intensa y agitada, no lo tenía tan claro en mi infancia como lo tengo ahora. Pero, aún así, de niña fui capaz de extraer de todo eso lo fundamental, a saber, esa sensación de un mundo vasto y hondo, ilimitado, de una vida plena, distinta y turbadora. En la soñadora nostalgia de mi padre, en los fados que tarareaba malamente (cantaba fatal), aprendí, sin apenas palabras, la añoranza del esplendor perdido. Y este descubrimiento, esta lección, se me quedó unida para siempre a Lisboa y los fados, a una ciudad en la que nunca había estado y a una música que apenas había oído.

25 Los humanos construimos nuestro conocimiento de la vida de la propia experiencia, pero también de la experiencia de los otros. De los libros, de las películas, de los cuentos que nos han contado para dormir cuando éramos pequeños. De los relatos de nuestros amigos y, sobre todo, del mensaje de los mayores. Todos recibimos, en nuestra niñez, el regalo (o la carga) de la visión del mundo que poseen los adultos que nos rodean; todos somos depositarios de su pequeño bagaje de mitos y emociones. Nuestro imaginario se construye sobre sus leyenda personales. Nadie empieza su vida desde cero : nuestra memoria es una continuación de la memoria de nuestros abuelos y nuestros padres.

30 Y con esto no quiero decir que conozcamos la biografía de nuestros familiares, que sepamos más o menos cómo han sido sus vidas, sino que parte de los sentimientos los hemos asumido como propios. Como si pudiéramos recordarlos personalmente. Por ejemplo, cuando escucho la música de las grandes orquestas de los años cuarenta, como la de Glen Miller, inmediatamente imagino, o más bien "recuerdo " una sala de fiestas madrileña, una noche de sábado en nuestra posguerra, parejas bailando todas muy agarradas, los hombres con corbata, las mujeres con trajes ajustados y los lóbulos de las orejas perfumados. Y entre ellos están mis padres veinteañeros, intentando, como todos los demás, volver a recuperar el gusto por la vida tras el horror de la contienda civil. Estoy segura de que nadie me contó nunca esa escena ; por lo menos, no me la contaron con palabras. Pero es como si yo hubiera estado allí.

40 Hace ya muchos años que viajé a Lisboa por vez primera. He vuelto muchas veces, y en más de una ocasión he terminado en un local de fados. Tanto la ciudad como la música siguen impregnadas para mí de esa sensación primera, de esa emoción heredada. Cuando se enciende la luz roja que suelen poner los fadistas al actuar, la vida adquiere de inmediato un espesor punzante. Es esa otra vida tan bella y tan intensa que yo nunca viví, pero que añoro tanto.

El País Semanal, pág. 172, del 26-06-2004



Nº 10 Poema de los dones

Jorge Luis Borges

Buenos Aires, 1899 –Ginebra, 1986

- 5 Nadie rebaje a lágrima o reproche
esta declaración de la maestría
de Dios, que con magnífica ironía
me dio a la vez los libros y la noche.
- 10 De esta ciudad de libros hizo dueños
a unos ojos sin luz, que sólo pueden
leer en las bibliotecas de los sueños
los insensatos párrafos que ceden
- 15 las albas a su afán. En vano el día
les prodiga sus libros infinitos,
arduos como los arduos manuscritos
que perecieron en Alejandría.
- 20 De hambre y de sed (narra una historia griega)
muere un rey entre fuentes y jardines;
yo fatigo sin rumbo los confines
de esta alta y honda biblioteca ciega.
- 25 Enciclopedias, atlas, el Oriente
y el Occidente, siglos, dinastías,
símbolos, cosmos y cosmogonías
brindan los muros, pero inútilmente.
- 30 Lento en mi sombra, la penumbra hueca
exploro con el báculo indeciso,
yo, que me figuraba el Paraíso
bajo la especie de una biblioteca.
- 35 Algo, que ciertamente no se nombra
con la palabra azar, rige estas cosas;
otro ya recibió en otras borrosas
tardes los muchos libros y la sombra.
- 40 Al errar por las lentas galerías
suelo sentir con vago horror sagrado
que soy el otro, el muerto, que habrá dado
los mismos pasos en los mismos días.
- 45 ¿Cuál de los dos escribe este poema
de un yo plural y de una sola sombra?
¿Qué importa la palabra que me nombra
si es indiviso y uno el anatema?
- 50 Groussac o Borges, miro este querido
mundo que se deforma y que se apaga
en una pálida ceniza vaga
que se parece al sueño y al olvido.

55 *Obras completas de Jorge Luis Borges*, pág.809, Emecé Edic., Buenos Aires, 1974.

<http://cvc.cervantes.es/actcult/borges/>